

BI GIZON.



Batek du osasun ona
T' ugari ondasuna,
Baña lurrera begira
Kopet triste, illuna.

Bestia, oiean miñez,
Da gañua pobria,
Baña Zerura begira
Dario far-irria!

¿Zeiñtan du amorioak
Egiñ bere kabia?
¿T' amorio gabetanik
Zér da gure bizia?

ANTONIO ARZÁC.



DISCURSO

*leído en la solemne apertura del curso académico de 1891 á 1892
en el Seminario Conciliar de esta Diócesis, por el presbítero
D. Asuncion Gurruchaga, Catedrático del mismo centro.*



(CONTINUACION)

III.

Pero digo mal. Hasta en eso del triunfo es cosa singular lo que Augusto hace al presentarse ante Roma y dar cuenta al Senado de la guerra que acaba de suspenderse. «Por modestia y por ser ya tanta su grandeza, que podia despreciar los triunfos, no acepta Augusto los honores triunfales que el Senado le ofrece» y á que tanta afición habia manifestado.

¿Despreciar un triunfo por modestia, quien en el terrible trance de la muerte y como testamento ordena que se le tributen honores, homenajes y aplausos? ¿Despreciar un triunfo por desapego, quien admitió que se le levantarán estatuas para ser adorado entre los dioses? Y, ¿cómo explicará ante el Senado y pueblo romanos el contraste que ofrecen los ardores y sacrificios con que se inicia una guerra, que inspira temor, y la frialdad observada al dar cuenta de sus resul-

tados al pueblo y Senado, que no olvidan los contratiempos que hace poco se le refirieron? Si no merecia su término el interés y atencion que suponía entonces una entrada triunfal, ¿por qué se le interesó al pueblo para que tomara parte en las rogativas, apertura del templo de Jano, sacrificios y demás preparativos que se hacen con afán no acostumbrado poco antes al iniciarla? ¿Por qué el templo de Jano no se cerró, terminada la guerra, con aquella misma solemnidad con que para empezarla se abrió?

Pero, se cerró, dirá alguno, el templo de Jano, y esto basta para que admitamos sin vacilar la pacificación total del país basco, llevada á cabo por Augusto. Aparte de que la paz puede ser resultado de la dominación ó de una alianza, se cerró el templo de Jano y permaneció cerrado, cuando «apenas turbaban las guerras distantes la inmensa majestad de la paz romana» dice César Cantú;¹ de suerte que la clausura del célebre templo no implicaba un completo y total reposo del imperio, y, por consiguiente, mucho ménos la total y completa dominación del país euskaro.

IV.

Por más que «Lucio Floro disimuló, ó no tuvo noticia de nuevos alzamientos»² de los Cántabros—pues de ningún otro hace mención,—Estrabon,³ Dion,⁴ Velejo Patérculo⁵ y otros historiadores antiguos y modernos sientan, como cosa indiscutible, los cuatro, ó por lo ménos tres, que siguieron á aquel primero; los cuales están narrados con tantos pormenores, poco favorables al prestigio y honor romanos, que en sana crítica no es posible dudar de su existencia al escuchar de labios de historiadores tan entusiastas de las glorias romanas, como fueron, sin duda, los ya mencionados.

Si admitimos que una alianza ó convenio amistoso pusiera término á la primera guerra, nada más fácil de comprender que la repeti-

(1) Hist. Univ., lib. 5.º, cap. 23.

(2) Henao, Averigs. de las ants. de los Cant., lib. 1.º, cap. 27.

(3) Lib. 3.º

(4) Lib. 53.

(5) Lib. 2.º

cion de estas sublevaciones, que pudieron ser motivadas, ya por incumplimiento de cualquiera de las cláusulas del pacto, ó ya por la diferencia de criterio con que fuesen interpretadas, ó ya porque una de las partes contratantes quisiera modificarlas en su favor, ó por mil otras causas parecidas que se ofrecen en las páginas de la historia de todos los tiempos; y, aun dado por cierto que la primera guerra tuviera el desenlace que oscuramente apuntan los historiadores romanos, se comprende todavía que al cabo de cincuenta, cuarenta, y aun si se quiere treinta años, una generacion nueva, alentada por el recuerdo de pasados triunfos y olvido de alguno que otro contratiempo, despreciara el número de los enemigos y pretendiese suplir, con su valor, la fuerza y poderío que echara de ménos al contemplar los brazos yertos de sus padres y abuelos; pero, que se haya puesto término á una primera guerra, muriendo los que quedaban con vida en el campo de batalla, bien sea víctimas del hambre, ó bajo la accion de un veneno, ó entre las llamas de una hoguera, ó abiertas las venas por el puñal que les hundieran en sus pechos sus padres ó hermanos, sus hermanas ó madres, hijos ó compañeros, y que se hubiera puesto término á aquella guerra recorriendo á sangre y fuego todo el territorio, ó arrancándolos de su país nativo para ser trasladados á otros en que quedaran indefensos, ó matando á cuantos eran capaces de manejar las armas, y llevando á los demás cautivos, dejándoles sin instrumentos de guerra, y que dentro del trienio se vuelvan á sublevar, y que esto lo repitan una y otra y por tercera y acaso cuarta vez; y que se subleven con tal poderío, que los veteranos y soldados más valientes de Roma no quieran aceptar su reto, y que forzados á entrar en lucha, sean derrotados con numerosísimas bajas, y que un Agripa se vea en la precision de deshonorarlos para herir el amor propio, en fin, que hicieran temblar al coloso del mundo, vamos.... que esto sería mayor gloria para los bascongados, que la mayor que se puede atribuir á hombre y pueblo alguno guerrero; puesto que solo la diestra del Omnipotente puede ser la que en dos ó tres años, y por tres ó cuatro veces seguidas, rehaga un pueblo reducido á la condicion pintada poco há por los historiadores mencionados, convirtiéndolo en fieros guerreros á tiernos niños, en tan breve tiempo, ó rejuveneciendo á achacosos ancianos bajo el yugo pesadísimo del Imperio; pues, aquellos y estos eran los únicos que parecian escapar de la furia y saña del soldado romano.

V.

A estas razones y otras que fluyen del exámen de los hechos mismos, aisladamente considerados, en favor de la independendia de los cántabros montañeses, y de que la clausura del templo de Jano no implicaba lo contrario, tenemos que añadir indicaciones expresas de los historiadores antiguos que confirman el juicio emitido en mi proposicion. Pues Estrabon,¹ á renglon seguido de anunciar la suspension de guerras, añade que los cántabros, en aquel mismo tiempo «hódie» se ejercitaban en correrías ó latrocinios; y que el servicio de armas, á que quedaron obligados los cuniaceos y demás moradores de las fuentes del Ebro, no lo prestaban en favor de los romanos, los Tuisios, «exceptis Tuisis». ¿Hay raza alguna, excepcion hecha de la basca, que en sus tradiciones, leyendas, cantos pastorales y domésticos, usos y costumbres y demás que vivifica y retrata á un pueblo, haya reclamado para sí, en el transcurso de las generaciones que se van sucediendo, la gloria de la independendia atribuida á los Tuisios? Y, ¿se conformará más y seguirá mejor las enseñanzas de la historia, quien admita la dominacion total de las regiones del Norte de España, negada en términos categóricos por Estrabon, que aquel otro que llame Tuisios á los bascos, con denominacion procedente, acaso de algun caudillo, de alguna fortaleza ó con apodo aplicado por motivos para nosotros ocultos? ¿Qué repugnancia deberemos tener para admitir que los mismos que no se sujetan á la vida pacífica del resto de la Península «latrocinia exercent», sean los que reconocian el dominio de los romanos, cuando apenas nos es perceptible la distincion entre ambos conceptos? ó, ¿será más conforme con lo que la historia nos enseña respecto de todos los pueblos, y en particular del romano, el que un pueblo, «Tuisios», en cuyo favor no aparecen ni tropas ni victorias, ni caudillos, ni armas, ni sorpresas, ni combates, ni bosques, ni precipicios, ni valor, ni serenidad, ni nada de eso que únicamente respetaban los romanos, se mantenga independiente, y que aquel otro

(1) Verum jam ut dixit omnia pella sum sublata, nam cantabros qui máxime hódie latrocinia exercent usque vicinos Cesar-Angustus subegit; et qui ante romanorum socius propulabantur, nunc pro Romanis armas ferunt ut cuniaci et quia ad fontes Iberi amnis accolunt exceptis Tuisis. Libro 3.º

pueblo, que fué siempre indomable ante los ejércitos de todos los otros grandes imperios, y tambien por espacio de dos siglos ante las poderosas legiones del romano, sea el comprendido en la excepcion de Estrabon? ¿Por cuál de los extremos deberemos optar, si además tenemos en cuenta, que este último es el pueblo ante quien Augusto desiste de sus propósitos, ante quien los veteranos rómegos rehuyen el combate, ó si le aceptan es para contemplar numerosísimos¹ de los más valientes tendidos por los suelos, y que luchando con tal pueblo, perdieron las legiones más célebres del Imperio honores, distinciones, hasta el título de Augusto que ganaran en cien combates reñidísimos, como públicamente declaró Agripa prohibiéndoles el uso de tal título?

Si todavía existe alguno en cuyo ánimo nada valieran tales consideraciones, puede meditar sobre aquellas otras palabras del mismo historiador, cuando, refiriéndose á la guerra sostenida por Tiberio, dice «Tiberio redujo no solamente á paz, sino tambien á vida política á algunos de los cántabros».²

Porque si entre todos los cántabros, solo algunos «quosdam» fueron pacificados y reducidos á vida civil, ¿quién no ve que los demás que faltan para completar el número total de esa heróica raza, no estuvieron sujetos á tal condicion? ¿qué otro pueblo del Norte de España y de la raza cantábrica ha disputado jamás la gloria de los no comprendidos en ese «quosdam» algunos al nuestro? Cuando alguna raza ó pueblo distinto del basco reclame para sí con razones más ó ménos fundadas, tal gloria, procúrese enhorabuena quitársenos, pero mientras esto no suceda, ni la razon, ni la historia, ni la más severa crítica se pueden oponer á que publiquemos por todas partes que los euskaros y solo nosotros somos los herederos legítimos de tal gloria, de tal título; como somos hijos y descendientes de los esforzados cántabros que los conquistaron.

(1) Dion. lib. 54,

(2) Tiberius... non pacatos modo sed et civiles quosdam eorum redegit. Libro 3.º

VI.

Si el revoltoso y mal definido período de tiempo que abarcan las cuatro ó cinco sublevaciones cantábricas y consiguientes guerras, se presta á dudas muy fundadas y disputa á los Augustos, ó régatea por lo menos el honor triunfal ó de dominio sobre nuestro suelo, la tranquila estancia de las patrullas bascas, en contacto con las romanas cohortes y en presencia de los sucesos imperiales durante cuatro ó cinco siglos consecutivos, robustece la duda, si acaso no la resuelve en sentido favorable al total dominio que sobre sí mismos y sobre sus territorios montuosos quedó á nuestros antepasados los euskaldunak.

Porque todos sabemos que, si Roma pudo—aunque por breve tiempo—ocultar á la sombra de su anterior prestigio el veneno que la debilitaba y corroía interiormente, y vivir apoyada en los brazos de los Vespasianos, Trajano y Teodosios, á cubierto de las avasalladoras huestes germánicas que le amenazaban del exterior, bien pronto, víctima de lo uno y de lo otro, manifestó á la faz del mundo entero la debilidad é impotencia que la habian de hacer juguete de propios y extraños. Merced á esa debilidad tuvo que acceder á que una turba cortesana sacara á subasta pública y entregara al mejor postor la silla de los Augustos, ya divinizada; merced á ella, á hombres sin ciencia ni prestigio, sin virtudes ni méritos rindió homenaje y tributo, honores imperiales y culto divino: merced á ella tuvo que admitir y contemplar ocupando los altos puestos y destino senatoriales á cosecheros y danzantes, á bufones y serviles: merced á ella los Pictos y los Escotos en la Gran Bretaña, los Confederados germánicos en ambas riberas del Danubio y del Rhin, y los Partos y Persas en el Oriente Imperial, un enjambre, en fin, de pueblos sin historia ni ascendiente, en las Galias y en la Iliria, en la Mesia y Panonias, en Italia, Tracia y España... pudieron clavar sus estandartes á despecho de las legiones romanas: merced á esa debilidad mortífera, cuantos quisieron tomar parte en la distribucion de los territorios romanos, Godos ó Hunos, Francos ó Vándalos, Suevos ó Alanos, Borgoñones ó Hérulos, pueblos y razas recorrian y elegian á su antojo los despojos del Imperio moribundo, sin más resistencia ni obstáculo que el que mutuamente

se opusieron. Solo uno, el invicto pueblo cántabro es el exceptuado; solo una, la indomable y altiva raza basca es la que no interviene en el reparto y contempla compasiva la desdichada suerte de la que fué, hacia poco tiempo, señora del mundo. Y no solo esto, sino que ese pueblo y esa raza hace patente su poderío y superioridad sobre los dueños del Imperio—Suevos, Alanos, Godos, Vándalos, etc.—obligándoles á respetar las fronteras encomendadas á su defensa, sin que haya noticia de haber jamás sucedido lo contrario; pero, ¡cosa más rara todavía! no hay vestigio ni señal alguna en la historia, de que un pueblo basco, que se sentía tan robusto y poderoso, intentara, por una sola vez siquiera, recuperar para sí y para sus hijos lo que fué herencia de sus padres y patrimonio suyo, no hay indicio de que cambiaran en lo más mínimo la actitud en que quedaron despues de los sucesos del tiempo de Tiberio; antes bien, una eterna paz y amistad, no interrumpida entre ambos pueblos, fué el sello con que se cerró todo el anterior período y aquella última rebelion. Pasan años y pasan siglos, y ni en años ni en siglos se agitan los que por cinco veces se rebelaron poco antes en el corto período de cuarenta años. Y, ¿pasan esos años y esos siglos en la humillante situacion, á cuyo solo temor acababan de comprometer haciendas y vidas, honor é hijos, padres y esposas, independencia y libertad, cuanto tuvieron en fin, y pudieron tener? ¿los pasan resignados bajo el pesadísimo yugo, que poco despues no quisieron aceptar ni aceptaron de los Godos, dueños y árbitros del Imperio, ni de los secuaces de la media-luna que, animados por fanatismo más ferviente y fiero, aniquilaran en Guadalete al reino godo? ¿Acaso nuestros padres temieron más á la Roma postrada en el lecho moribundo de sus orgías, que á Cartago en el auge de su poderío, cuando en Canas hirió mortalmente á su rival y podia haberle sepultado entre los escombros de sus muros? ¿Acaso eran más temibles las legiones romanas á las órdenes de los Didios ó de los Opilios, Galienos ú Honorios, que guiadas y reforzadas por el talento y bravura de los Pompeyos y Escipiones del otro tiempo? ¿Acaso á los ojos de los cántabros, Alarico y Ataulfo cedian en fortaleza y vigor al Imperio, que sumiso y postrado á sus piés solicitaba para sostenerse su concurso y apoyo? ¿Acaso podria deslumbrar á los bascos la grandeza de quien solo le quedaba el recuerdo de haber á ratos medido sus dominios desde el Tigris á Finisterre, siendo así que al poco tiempo repelian la inmensidad del poder que abarcaba

Finisterre y el Ganges, con cuanto dentro de sí encerraban? ¡Ah Excmo. Sr.! ó el pueblo basco no es, es sin duda, el que ha sido, y será en todo tiempo, al menos en veinte generaciones sucesivas, ó es falso que durante el Imperio y las invasiones bárbaras y la corrupcion de tantos Augustos viles y apocados haya subsistido aquella eterna paz, aquella armonía sincera, aquella lealtad y compañerismo, reconocidos por todos los historiadores, con quien le despoja de su libertad, independencian, suelo... de cuanto más ama: ó el pueblo basco, señores, no es el que fué contra los cartagineses y romanos, ni el que será en frente de los suevos y árabes, de los godos y francos, ó posee lo que su eterno pendon, JAUNGOIKOA ETA FUERUAK, simboliza, y sin lo cual es imposible que deje de moverse ó agitarse ante una Señora tan raquítica y menesterosa como lo es la Roma de los tiempos de los Césares mencionados; pues no se comprende que la raza euskara, pudiendo tan á poca costa, legar á sus hijos el patrimonio que con tantas fatigas y sinsabores, tantas vidas y tanta sangre avaloraron los padres, se haga reo de un crimen tal, que ni antes cometió ni cometerá despues, al ménos en diez y nueve generaciones; ó posee una raza tal lo que desea, ó deseando procura alcanzar lo que no posee.

Ahora bien: como ningun testimonio histórico da motivo ni pié para que podamos sospechar que la vida social y la nacionalidad de los cántabros fuera más limitada y ménos libre é independiente despues de las primeras sublevaciones, que lo fuera á consecuencia de la última del tiempo de Tiberio, se sigue que el argumento tiene adecuada y aún más vigorosa aplicacion refiriéndolo al tiempo comprendido entre la primera y última de las ya mencionadas guerras, que con relacion á los tiempos posteriores á la última campaña sostenida contra Tiberio y sus generales. Así lo entiende, entre otros, con su «implacable y avasalladora crítica el inmortal Padre Maestro Enrique Florez»¹ cuando, á pesar de su repugnancia para concedernos la gloria de haber vivido independientes de los romanos Césares, juzga admisible el que, «antes de poner Tiberio las cohortes de guarnicion desde Galicia *al Pirineo*, no hubiesen estado del todo sujetas las montañas»² ó cántabros montañeses.

(Se concluirá)

(1) Cánovas del Castillo. Introduccion de «Los Vascongados».

2) La Cantabria, pág. 15.

KONTU ZARRAK.

«Qui potest capere, capiat.»

I.

Zerua urdiñ zegoen: illargiak distiatzen zuen, millaka izarrez inguratua. Otz zan: arbolak, ostorik gabeak ageri ziran: zelayak, elur-pean lotan: Aralar-ko mendia zuriz jantzirik.

Amezketako Arizti-n jendea prestatzen zan Onenzaro egitera. Paulo, su-ondoan ešeririk, ille zuria burutik bera zeriola, larogei-ta geiago urte bizkarrean eta ontasuna eta pakea animan, ageri zan an zeuden guztien buru ta agintari. Bere semea, Joše Manuel, seme talde ederrez inguratua, gizon sasoikoa, Pauloren arrazakoa, gorputzez ta animaz, zan eche ura sostengatzen zuena. Aurak kantatzen zuten gogotik: emakumeak, alai zeuden; arpegi guzietan azaltzen zan, gau zoragarri ark Kristau-denai ematen dioten poz kabugabea, atsegiñ santua, munduan aberastasunez beteta daudenak Baño obeto baserri chokoan bizi dan nekazari langilleak gozatzen duena.

Afaldu zuten gogotik: jondo afaltzen da beti neke-izerdiz bustitako ogia jaten dan lekuan! eta kantu batzuek bota, eta

(1) Leyenda premiada con *un ramo de laurel de plata* en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1891. (Véase pág. 522).

aritz-enbor lodiak egiten zuten sugar gozagarriaren inguruan berotu ta moldatu ziran denak oyerako.

Andre Mikela-Antonik esan zion alaba gaztechoari: Begira, Jošepa-Juana, garbitu zazu ongi sukaldea, chillarrezko erretz orrekin, zergatik ondo garbitutako sukaldean aingeruak dantzatzen dira.

Esan ta egin: Jošepa-Juanak garbitu zuen sukaldea, utzi zuen ispillu bat baño argiyago, eta beste guztiak bezela oyeratn zan, gaubak bere bidearen erdia baño geyago egiña zeramanean, eta Amezketako Eleiz-nagusian gauberdiko ezkillak jo ezkeror.

Lotan guztiak zeudela, atearen danbatekoak esnatu zuten Paulo: deitu zion bere semeari, eta esan zion: Joše-Manuel, eztakit nor izango dan Onenzaro gaubean gure echera datorrena. Idiki zayozu atea: beti zor diogu laguntasuna guregana datorren lagun-urkoari, baña sekula baño geyago gaurko gaubean, zergatik gogoan izan bear degu nola ibilli zan San Jose ostatubilla, eta arkitu etzuelako, estalpe char batera joan zan, an jayo zedin zeru ta lurren Jabea.

Joše-Manuel jaiki zanerako, oyetik aterea zan bere seme zarrena, Juan Antoniyo, orduan amar bat urteko mutill gaztechoa, mendian ardiak zaitzen eta Ugarte-ko olara mandatuakin joaten oitua.

Ola-gizonen bat izango zalakoan, atera ziran, eta jorra non arkitzen duten Lazkauko morroi bat, dena izuturik, chapelik gabe, erdi-jantzian, izerdia zeriola, ta gaubaren oztasunari baño atzean zegoen saroi ta baso illuntsuari kontu geyago artzen ziola.

—¿Zeiñ zera ta zér dakartzu?—esan zioten.

—¿Zeiñ naizen?... Naiz Lazkauko Juan Lopez-en morroia, eta dakart.... sartu gaitezen echera, eta or esango dizutet zér dakartan..., esan zien izutasun aundiarekin, beti ere atzera begiratuaz.

Sartu ziran, eta sukaldean eseri, ta arropa batzuek jantzi ondorean, orra zér esan zuen.

II.

Bart-arratsean, nagusiari afari eder bat eman eta gerok gotik afaldurik, oyeratu gera. Gauba zegoen eziñ ta ederragoa: Lazkauko echetik etzan ezer sentitzen: azpian zijoan Agaunza-ko ibaiaren murmur bizichoa zan isilltasun aundientsu artan entzuten zan soñu bakarra. Aizerik etzan batere; arbola larru-gorrituak, geldi-geldirik zeuden: baziruditen anima-gabe gelditutako gorputzen ezur utsak. Lazkauko ibarrean pakea zegoen nagusi: Zeruan ere bai. Izarrak koroatzen zuten illargia, eta onen errañu zillarrezkoak ematen zion alako argitasun gozo bat zelai guztiak estaltzen zituen elur zuriari. Zeruan ta lurrean, mendi-basoz estalian, eta ibar zakonean, bazirudien entzuten zala aingeruen boza, esanaz: *Gloria Zeruan Jaungoikcari: pakea lurrean, borondate, naitasun oneko gizonai*. ¿Nork esan, andik ordu gichira, ikusi bear genubela guk ikusi deguna?... Oyera giñan beranducho: artean ondo loak artu gabe nintzan, burni-armen otsa entzun dedanean. Ateratzen naiz oyetik leyora... eta ez dakit nola esan nik ikusi dedana: Ganboa-koak, Balda-koak, Achega-koak, Iraeta-koak, gure nagusiaren antziñako etsayak, bere kontra gorroto zitalez beteak, jende armadunez beterik echean sartzen: nagusia, leyotik salto egin ta alkandora utsean ibayaz beste aldera iges-egiten: echeko-andrea, ezpataz josia, bere magalean amabi urteko galai gaztechoa duela⁽¹⁾: morroyak, igesi, ta lapurren modura arrapatu taillak: nik ¿zéregín?... nola ezdakitala alde-egiten det, jo det mendiak gora, Zaldibiatik ez urrun igaro naiz, eta bildurrak egoak emanik irichi naiz oneraño... ¡zenbat denboran! ori eziñ esan nezake.

Denboraren konturik ez nuen: nere oñotsak oyarzunak esnatzen bazituen, uste nuen nere kontra zetozen oiñkadak zirala: bildurra sartu zait biotzeraño, eta ez dakit noraño joango nitzan, indarrak galdu, ta oso auldurik, emen gelditu bear izan ezpanu.

—Atoz, atoz oyera, gizajo ori, esanzion Joše Manuel-ek; emen zauden bitartean ez dizu iñork ezer egingo. Or dagoen Amezketako echeko jauncho ori, ez da biziro gozoa, baña oraindik ez da beste bere modukoak sartu diran naspill oyetan sartu.

(1) 1420-eangertatu zan au.

Eta au esanik, eraman zuten echean zuten oirik onenera.

Juan Antoniyo-k aditzen zituen gauz oek guztiak aoa zabal-
durik, eta bere aitak, bazterrera eramanik, esan zion:

—Aditzen dituk gauza oyek guztiak, mutill? Bada oyek era-
kutsi bear ditek gerra dala gizonak asmatu lezakean gauzik ero
ta galgarriena. Gerra dek erri batentzat izan litekean zorigaitzik
aundiena: gerra dan bitartean galtzen dik gizonak bere giza-
tasuna; gorrotoak artzen dik maitetasunari dagokion tokia, al-
perkeria nagusitzen dek, lurrak gelditzen dituk landu gabe, ole-
tatik alde-egiten ditek ola-gizonak, ikazkiñaren sua len dagoen
tokian agertzen dek gorputz illen bat, odol-arrasto bat, gizonen
gaiztakeria azaltzen duen siñalea edozeiñ moduz dala ta ere.
¿Agintzen didak beti egingo dekala aitak esaten dikana?

—Bai, bai, esan zion mutillchoak: ¿zér egingo det bada, nik,
aitak agintzen didana egiten ez badet?

—Orrela izan adi, beti; esan zion aitak: ez aiz damutuko bide
orretatik abillen artean...

III.

Urteak joan ziran: lengo zarrak ill, gazteak zartu, aurrak
gizondu. Paulo joan zan beste mundura bizi izan zan bezela, pa-
kean: Joše-Manuel zartu zan: Juan Antoniyo, gizon bikaiña ze-
goen, sasoirik onenekoa.

Ola-gizonen artean etzan agertzen Ugar-te-n onen parekorik.
Aren lanerako gogoa, aren modua, aren nobletasuna edozeiñ
choratzeko modukoak ziran.

Ojer Amezketa-koa zebillen *aide-nagusien*(1) gudetan chit
naspillatua. Jendea billatzen zuen bere aundinaia betetzeko, bada
zenbat eta geyago eraman bere mendean, anbat eta errazago
izango zan etsayak azpiratzea. Joan zan Ugartera, eta Juan An-
toniyo berekiñ eraman nai izan zuen. Lenbizikotik ezetz esaten
zion ark: baña nola bazekien Amezketako jaunchoak Juan Anto-
niyo aberastasun-zale šamarra zala, agindu zizkan aunditasunak,

(1) Parientes mayores.

sekula pensatu etzuen bezelako ondo-izateak, eta aundi-naiak atera zuen olatik. Gero etorri ziran urte artako jazarra negargarriak: (au zan 1448-garren urtean): Berastegi-ko echearen ertsi-tzea: an izan ziran odol-išurtzeak, eta piškaka piškaka Juan Antoniyo gerrari zion gorrotoa galtzen joan zan: gero, bizimodu ark, echetik kanpora beti ibiltzeak, etsaia-ri arrapatzen zitzaiona lege onean irabazia bezela idukitzeak, kendu ziozkaten len zituen sentimentu onak: lenbizikotik orrelako bear ez zan gäuza bat egitean, bidegabekeri bati kabu ematean, zerbaitek esaten zion barrendik: etzazu ori egin; debekatua dago; atsekabeak lagun-duko dizu bizi zeran artean; baña gero... biotza joan zan gogor-tzen; lege onak aztutzen; aitak erakutsitako oitura onak gelditu ziran bazterrean.

Joan ziran urteak, gerrak geroago ta ziran gogorrangoak; errietan egunetik egunera goitutzen zan doakabea; oletan etzan entzuten burni-soñu pozgarririk; Aralar-ko artzaiak aspaldiko urteetan etziran ageri; *Aide-nagusien* arrokeriak etzuen kaburik... jeta Jošé Manuel, zarra, bizkar makurtua, tristea, penaz erdiraturik biotza zuela, an zegoen Arizti-ko baserri bakarrean! Semeak ill ziztzaizkan guda triste ayetan.

Etorri zan 1457-garren urte gogoangarria. Gerra anai-arteko ayek bukatu ziran. *Aide-nagusien* dorre ta gazteluak bota zituzten: naspill ayek sortzen zituztenak biralduak izan ziran urrutietara... eta Jošé-Manuel-i bere samintasunak laster erakarri zion eriotza:

Beste mundura urbiltzen zan bezela, esaten zuen tristura bigungarriarekiñ:

—¡Madarikatua gerra!

KARMELO ECHEGARAY-KOAK.



BUENA TARDE Y MEJOR DIA.

PEQUEÑECES..... DEL PERIODO ELECTORAL.

(A MI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO ARZÁC)

I.

Era una tarde de Abril, fresca como lechuga, de cielo mitad azul y mitad gris; una de esas tardes en que canta el cuco en la espesura, anunciando que se viene á más andar, cargado de perfumes y de alegría, el Mayo florido. De un rincon del mundo, que llaman Aramayona, salíamos para Vergara tres amigos en coche arrastrado por dos alazanes y un tordo tan nobles como animosos, y más ligeros que el vendabal. Trotaban los brutos á todo trotar, y charlábamos nosotros por los codos en el interior del vehículo, bien metidos en nuestros capotes, porque corria un fresquete por aquella angostura, que no habia más que pedir. A la orilla del camino se deslizaba un río, murmurando entre espumas su cantar eterno y lamentoso. En esto, llamó nuestra atencion un mediano grupo que interceptaba el paso, mirando algo al parecer: no sabíamos qué. Pronto salimos de dudas, saltando precipitadamente de nuestro vehículo. Era un mal coche del país, una especie de calesin del tiempo de Maricastaña, con más barro que un Febrero, descolorido por fuera, y forrado en su interior de tela encarnada con flores blancas. Entre sus dos varas yacia en el suelo con todos los síntomas de una próxima agonía, un pobre jamelgo cuyos

huesos se podían contar sin que se perdiera uno solo en la cuenta: hartó el triste de disgustos, mas no de cebada. El único viajero que rodaba en aquel *sleeping* mondragonesco era una infeliz casera de las de pañuelo blanco en la cabeza; la cual viéndose detenida por el accidente, lloraba á mares, mientras que el cochero, maldiciendo su negra suerte, dábale á todo el infierno. El caballo entretanto sudaba y trasudaba, abría desmesuradamente los ojos, respiraba con fuerza, y presentaba tan lastimoso aspecto, que creímos todos iban á dar fin de un momento á otros sus melancolías y desabrimientos; pero mejor lo hizo Dios, como suele decirse: porque hé ahí que en aquel momento uno de los de mi pandilla, mozo bragado y de índole un tanto zagalesca, arrancó de manos del cochero el látigo con que hostigaba á la bestia, y empuñándolo con ambas manos, descargó sobre ella media docena de palos tales (acompañados de enérgicas interjecciones no admitidas por la Academia de Lengua), que se levantó el cuadrúpedo como si nada hubiera pasado, dejando atónitos á los mirones, que tuvieron á mi amigo por milagroso. Pavoneábase éste y dábale tono como autor de la hazaña, teniendo pasmados y silenciosos á todos, hasta que á uno se le ocurrió decir:

—Este hombre debe de ser santo, porque resucita muertos.

Y á estas palabras siguió tal explosión de risa que crimos reventar. De entre los circunstantes, el que más celebró lo ocurrido fué un cura de anteiglesia, uno de estos buenos clérigos montaraces que bajo corteza de foragido esconden tal vez un alma limpia y blanca como las alas de un ángel. Enjuto, vivaracho, de morena y rugosa tez, ojos centelleantes y nariz en punta, fumaba envuelto en un manteo que fué negro en sus verdes años, más fino que tela de cebolla. Traía en la cabeza un gorro aterciopelado, grasiento y de indefinido color, con una borlita que le bailaba acariciándole tan pronto la oreja como la atrevida nariz. El buen señor llevó mucho que contar á su aldea. Yo creí que se moría de risa. Los demás siguieron también su paseo, celebrando la resurrección del muerto; volvió este á sus malditas varas; la mujer viajera, consolada ya, ocupó de nuevo su asiento forrado de rojo; cesó el cochero de maldecir; y nosotros nos encerramos otra vez en nuestro cajón encristalado, llegando sin novedad y sin hambre (siempre ganan los estómagos con las salidas de casa) á la linajuda villa de las llaves cruzadas, de San Martín y del Cristo famoso, aunque agonizante, inmortal.

II.

El día que siguió á esta tarde memorable visitamos las alturas de Aranzazu, donde silba el viento de las montañas bascas, y el eco juega repitiendo un día y otro día las glorias de la Madre de Dios. Muy de mañanita, cuatro amigos nos dejábamos arrastrar por el mismo rápido tren de la víspera, que se tragaba kilómetros como agua. No podía estar más risueño el día. En el oriente un sol de oro que alegraba montes y praderas; en la atmósfera vivísima luz unida á la temperatura más suave; alegre azul en el limpio cielo. Los arroyos saltaban murmurando hasta precipitarse en el río, que descendía á su líquida inmensa sepultura; gorjeaban canciones de amor mil varios pajarillos; las flores de los campos regalaban á la brisa de la mañana sus olores...

Al czar de todas las Rusias le hubiera dado envidia el humor que llevábamos en nuestro coche, cantando por lo alto, por lo bajo y por lo ancho. Particularmente el del *milagro* de la víspera, que tambien era de la partida, nos acarició los oídos con habanerita lánguida y graciosa de su repertorio: porque el chico es músico y canta como una calandria. Con aquellos trotones y el aire fresco de la mañana, no tardamos en desempedrar las calles solitarias de Oñate, empezando la penosa subida ayudados de dos poderosos, aunque tardos y pacíficos bueyes. El *Udalaitz*, medio bizcaino, se alza allá lejos como un sorbete que los soles de Julio no pueden derretir. Aquí y allá, diseminados, flotaban sobre undoso mar de verdura los blancos caseríos guipuzcoanos medio escondidos entre árboles; y el campo presentaba el animado aspecto que suele ciertas épocas del año, cuando largas filas de hombres y mujeres layan la dura pero generosa tierra.

Llegamos insensiblemente al sitio en que suelen los peregrinos rezar una salve á María. Allí, al descubrirse el peñascoso y soberbio anfiteatro elegido por la Reina de los Angeles para presentarse á un pastor de pocos años, siente el cristiano que una fuerza oculta hace latir su corazón con más dulces pero más precipitados latidos. Rezamos devotamente el rosario. Oíamos balidos de ovejas que huían al verno, y estrépito de torrentes que se precipitan en abundancia por aquellas soledades. Las águilas altaneras rondaban las escarpadas cimas de los montes, burlándose del hombre, gusanillo vil que se arrastra por la tierra, mientras que aquella hiende como el rayo las nubes, posándose, para descansar, en picos inaccesibles vecinos del cielo.

Ansiábamos llegar al santuario, y por fin vimos su torre, que, como el pensamiento del justo se levantaba derecha hácia el cielo azul. Imponente silencio reina en aquel lugar de santidad. El paisaje, triste y severo, no presenta á la vista más que peñas descarnadas y escuetas. Mugía con furor en lo profundo del barranco un espumoso riachuelo de aguas turbias. Solo la Virgen sonríe en su trono, brindando generosa al peregrino con los inagotables tesoros de su misericordia.

El guardián del convento, que vestía el burdo sayal del franciscano, nos salió á recibir con tanta amabilidad, que fué preciso comer dentro de la casa. Un lego nos sirvió sin levantar los ojos del suelo las sustanciosas alubias de los frailes, que, por cierto, estaban exquisitas: tanto que hubo quien las salteó por tres veces, quedándose con ganas. A los postres entraron á hacernos compañía dos Padres más, y saboreamos el negro café en medio de animada conversacion salpicada de chistes y cuentos. Levantados los manteles, bajamos á visitar á la milagrosa imagen tan tiernamente amada del pueblo basco, y ante ella permanecimos arrodillados unos minutos mientras en el coro profundas voces de bajo rezaban vísperas. Era un cielo aquella estancia, y sin embargo la dejamos muy pronto, porque se nos hacia tarde, y nuestros valientes caballos relinchaban de impaciencia. Abrazando á los Padres, nos arrancamos de aquella soledad con mucha pena en el alma; y al ver á la iglesia y convento perderse á lo lejos, se entreabrieron de nuevo nuestros labios para murmurar ferviente oracion de despedida á la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra:

Agur Donzella

Graziaskoa,

Grazi beraren

Jargoya.

Los alazanes no corrian, volaban, como el conejo de la fábula. Mil veces creí que nos derrumbábamos por el barranco; pero María Santísima no lo permitió para que otra vez la fuéramos á ver en su Aranzazu

Aquella noche oí en sueños los mugidos del turbio riachuelo, y el rezo cavernoso de los austeros hijos de San Francisco.

VICENTE DE MONZON Y LARDIZABAL.

ICHAS-ERTZIAN.*



I.

Zeru zabala goibela dago,
 Odeiak duaz aidean,
 Aisea gogor ate ta leio
 Oyuska irriñartean, ¹
 Arbolak oker, eta orriak
 Igesi ekaitz aurrean,
 Andrak negarrez ichas aldera
 Eziñ egonik echean...
 Chalopak dira ichasoan ta
 Galerna dago gañean.

II.

Neguko arratsalde otz ta laburrean
 ¿Eztozue ikusi eskale zarra
 Burua makurrik, oñak arrastaka
 Eta eziñ jasorik gorputz argala?

(*) Poesía que ha obtenido *accèsit* en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1891. (Véase pág. 522).

(1) Grietas, hendiduras.

¡Ikusi eztozue, penaz beterikan,
 Ume zurtzik iñoiz, jaberik bage,
 Burutsik, oñutsik, ugarrez betea
 Ta buruaren duiñ, kalerik kale?

Bada, or daguan aldra orretatik
 Unecho batean gelditu leikez
 Agura eskaleak eta ume zurtzak,
 T'alargun tristeak beti negarrez.

—Ara bat!... Bestea!... Badatoz?... diñue
 ¡Iziarko Ama, erruki zaitetz;
 Ichasoko Ízar argitsua zara,
 Gugana ekarri egizuz arren!

¡Eztator geiago! Alperrik egozan
 Begiak botiaz ichas aldera
 Agiri ete zan bisutzen artetik
 Chalopa asterrenik gora edo bera.

¡Alperrik! Lanbroa, lausoa ta bitza
 Zan bakar bakarrik ikusten zana,
 Ekaitz indartsua aise eguetan
 Erraz menderatzen ichaso dana...

Isill egozala, isill ta bildurrez
 Kanpai danbadacho ill bat entzuten, ⁽¹⁾
 Biotza ebela larri ta saltoka,
 Begiak negarrez, t'ara nun daben

Oñaztarri bizi bildurgarri batek
 Odei zeruko bat urratu oso
 Eta bat batera icharonik bage
 Trumoi gogorraren burrunbada jo.

Ondorean barriz asten da chingorra
 T'curia gogotik zarraparradan,

(1) Existe en los pueblos de la costa bizcaina la piadosa costumbre de cantar durante la tempestad una «Salve» ó un «Miserere» ante alguna devota imágen, para cuyo acto se convoca á los fieles por medio de la campana.

Ta uluaz, chilioz, saltoka igesi
Jendia guztia banakatu zan.

• • • • •

¡Dana ez! Bakarrik aitzaren gañean
Gelditu da oraindik emakume bat.
¡Aise-euri tartean zeñ gogorra dagon!
¿Nork artuko ezleuke arri zatitzat?

Begira egizue: aiseak aidean
Bere soiñ⁽¹⁾ illuna *pli pla* darabill;
Obiratz bateko dirudi bandera,
Aitzian sartua, gorputza makill.

Aise soñuaren tartean itua
Diadar mintsu bat dator beria...
¿Eztozue entzun?... Iño, danok iño...
Diadarrak diño: ¡Neure semia!...

Jausi da andrea zentsuna galduta
Aitzaren gañean oso osorik;
Arri gogor eta ezemaguriak⁽²⁾
Beregan artu dau errukiturik.

¡O! seme bat eukan, seme bat kutuna!
¿Zelan ez zatitu aman biotza?
¡Olatuak bultzan legorrera badau
Bere semearen gorputz illotza!!

III.

¡Jaungoiko itzala! Zure egintza da gauza guztia
Zuk pustu dozu ikaragarri ekaitz sendua
Zuk dozu indartzen, zuk aidatuten dozu olatua
Zuk dozu sortzen aise, curi, chingor t'edur zuria.
Odei zeruko baltz izugarri keinatzallean⁽³⁾
Egun sentiko eguzki errañu gozuan lege,

(1) «Soiña.—Úsase esta voz en algunos puntos de Bizkaia en significación de «vestido».

(2) «Ezemaguria».—Ingrato.

(3) Amenazador.

Lur barruetan gordeta dagon sutokarian, ⁽¹⁾
Gau baketsuan, zeru urdiñeko izarren bidez,
Beti ikusten da toki danetan zure besua
An erakusten zein zaran andi ta zein altsua.

¿Zergatik, bada, gure Egillea, añ ona izanik
Ipinten dozu Isate orren alisatea
Negar, zispiro, malko samiña ta naigabea
Ereiten sarri mundu onetan? Jauna, zergatik?...
Baña ¡zér diñot! Parkatu egizu galde arrua.
Mundu neurtuko gauzen barririk ezpadot baldin,
Egintza zure sakonen barri ¿zelan nik jakin?
Gu gara egiñak auts piskategaz: ¡zu Jaungoikoa!
Parkatu, Jauna, parkatu egizu nire galdea;
Beti egin bedi guregan zure borondatea.

DOMINGO AGIRRE-KOAK.



⁽¹⁾ Volcan.

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

Estamos en el otoño del año 1877. Gayarre, despues de pasar una temporada en el Roncal al lado de su familia, se fué á Madrid para hacer su *debut* en la escena del regio coliseo.

Entre los *dilletanti* madrileños habia gran interés y verdadera curiosidad por oirle, lo cual se verificó la noche del juéves 4 de Octubre.

¡Fecha memorable! ¿Qué aficionado á la ópera no la recuerda? El teatro Real lleno de bote en bote por lo mejor y más brillante de la distinguida sociedad madrileña, aguardaba con impaciencia que se levantase el telon para la *Favorita*, que debian cantar Elena Sanz, Gayarre, Boccolini y Ordinas.

Se cantó efectivamente, y ¿habrá necesidad de recordar el éxito? Fué, como en la *Scala*, continuo, unánime, extraordinario, y de los que forman época en la historia de un teatro.

Todo el público habló y se ocupó desde aquel dia de Julian Gayarre, y todos los periódicos llevaron hasta los últimos rincones de la Península la buena nueva de que España tenia una gloria artística más.

Siendo imposible reproducir las frases encomiásticas y los artículos que en loor de Gayarre se publicaron con motivo de aquella memorable representacion, me limitaré á copiar lo que en algunos libros se ha publicado.

El distinguido crítico musical D. Luis Carmena, en su magnífica obra *Crónica de la ópera italiana en Madrid*, hace en pocas palabras el resumen de aquella célebre noche.

«Se debió el triunfo, escribe, exclusivamente al tenor Gayarre, que desde sus primeras frases se reveló como un notable artista de la pura escuela italiana. En posesion de una voz extensa, bien timbrada

y manejándola de un modo magistral, dijo admirablemente toda la parte de Fernando, ajustando su canto y su accion á las exigencias del personaje, sin incurrir en los excesos y gritos tan al uso entre los artistas de esta época. Desde los tiempos de Mario, ningun tenor habia interpretado esta hermosa partitura con la delicadeza y colorido que lo hizo Gayarre.»

Otro buen escritor, el Sr. D. Máximo Arredondo, en su interesante libro *¡Julian Gayarre!* describe tambien, en elocuente forma, aquel suceso. Dice así:

«Lo cierto es, y bien lo recordarán cuantos tuvieron la fortuna de asistir al regio coliseo en aquella noche célebre, que la actitud del público madrileño, ordinariamente tan reservado, no permaneció ni un instante indeciso; porque no bien apareció Gayarre en traje de novicio seguido del bajo, y dijo, con la emocion consiguiente, las primeras frases del recitado de salida, el auditorio en masa sintió una extraña conmocion al escuchar el timbre celestial de aquella voz, que no admite competencia alguna y llevaba al ánimo la impresion de lo sublime. Al concluir la cavatina *Una vergine, un angiol di Dio*, un aplauso atronador resonó en la sala: el hielo se habia roto, y el tenor debutante sentaba plaza de generalísimo en nuestro teatro Real, pasando á ser el artista favorito de nuestro público; carácter que no habia de perder ya. Por esta vez al menos, el refrán famoso dejó de tener cumplimiento en la práctica. Gayarre era aclamado cual ningun otro artista en la capital de España: era nuestro profeta.

»Los números sucesivos de la ópera no hicieron sino confirmar el juicio y aumentar el entusiasmo de los espectadores: el duo con Leonora del segundo cuadro, que cantó con apasionado acento y delicada expresion, intercalando al final de la cadencia, y antes de tomar la vuelta del motivo, unas apoyaturas que eran una verdadera filigrana y que suscitaron bravos delirantes; el concertante del tercer acto y la célebre romanza del cuarto, de la que Gayarre llegó á hacer una verdadera creacion, por igual modo que el dúo con que la ópera termina, fanatizaron por completo al auditorio á punto tal, que los viejos aficionados no recordaban nada semejante.

»¡Fecha memorable la del 4 de Octubre de 1877! En ella se depuró por modo evidentísimo, como se depura y aquilata por virtud de la piedra de toque el grado de pureza de los metales, el mérito de una gloria española. En ese dia los españoles, á la par que senti-

mos deleitados nuestros oídos, vimos satisfecho nuestro amor propio: poseíamos el primer tenor del mundo».

Gayarre, desde aquella noche, supo granjearse el aplauso de sus compatriotas, alcanzando constantemente tantos triunfos como noches cantaba, y haciendo dudar al público en qué ópera lo encontraba mejor.

A los ricos florones de su espléndida corona de artista, añadía los nuevos y brillantes de su querida patria. No hay para qué decir que sus antiguos amigos estaban locos de contentos, y nada se diga de sus respetables maestros Puig y Eslava. ¡Ay! D. Hilarion no pudo oírle en el teatro. Sus achaques reteníanle en casa postrado en un sillón; pero la noticia de aquel triunfo llegó en seguida hasta él, y cuando Gayarre fué á verle y á recibir su cariñoso abrazo, solos los dos en el modesto gabinete del ilustre maestro, cantó todo cuanto Eslava quiso: fué entero para él.

Al oírle el anciano profesor y respetable sacerdote, lloraba como un niño, y tendiendo sus temblorosos brazos, le decía:

—¡Eso, eso es cantar!... ¡Así se canta!... ¡Que Dios te bendiga, hijo mío!

El que también le oyó y participó de la gloria y de las alegrías de Gayarre fué *el abuelo*, como familiarmente se le empezó á llamar por entonces. El gran éxito de *La Favorita* llegó en seguida á Roncal, donde el tío Mariano era objeto de todas las felicitaciones de sus amigos y convecinos, que constantemente le preguntaban por su hijo el *Cantor* (así llaman aquellos buenos roncaleses todavía al ilustre Julian.)

Hacíale al anciano cosquillas el cuerpo y no tenía paciencia para estarse allá en la aldea sin ver al hijo que tanta gloria le proporcionaba, y que era además el único, porque Victoriano había muerto.

Un día, á principios de Diciembre, se levantó decidido, y llamando á su sobrino Pedro María Garjon, le dijo:

—Prepárate, Pedro, que nos vamos en seguida á Madrid á pasar las Navidades con Julian.

Dicho y hecho: á la siguiente mañana tío y sobrino emprendían camino de Madrid. Llegaron sin novedad, y se fueron en derecha á la plaza de Oriente, donde vivía Gayarre.

Como era muy de mañana, el artista dormía tranquilo, sin sospechar quién llegaba en aquel momento á su casa, porque nada le habían dicho ni escrito de Roncal.

El tío Mariano y Pedro llamaron á la puerta, y salió á abrirles un criado que por entonces servia á Gayarre, italiano de nacion, llamado *Francesco*.

Los dos roncaleses, apenas se abrió la puerta entráronse de rondon por ella, sin decir más el tío Mariano que:

—¿Dónde está ese perezoso? ¿Estará en la cama todavía, eh? ¡Ah, dormilon!

Eran las ocho de la mañana.

Francesco, que no conocia á los tempranos visitantes, y que veía por vez primera á aquellos hombres, vestidos con calzon corto, medias de lana negras, alpargatas abiertas, chaqueta de paño oscuro y faja morada, se quedó suspenso y procuró cerrarles el paso, diciéndoles:

—*Ma signori*, ¿por quién preguntan ustedes? ¿Quiénes són?

—¡Pues vaya una pregunta!—le respondió algo amostazado el tío Mariano, al ver que le detenían el paso.—¡Soy el amo! ¡El padre de Gayarre!

Apenas oyó esto Francesco, corrió á avisárselo á su señorito; pero este habia ya escuchado la voz de su padre, y saltando precipitadamente de la cama, salía corriendo á abrazarle....

Ya se comprenderá la escena que allí ocurrió.

Aquella misma noche cantaba Gayarre *La Africana*. Al ir al teatro llevó con él á su padre y á su primo, y los colocó en la delantera central de los palcos por asientos.

El teatro estaba completamente lleno. En el intermedio del acto tercero al cuarto, el *camerino* de Gayarre se colmó de amigos y admiradores que iban á saludarle y á pasar un rato con él.

Gayarre estaba muy alegre y de buen humor.

—Muy contento estás esta noche, Julian—le dijo uno de ellos.—Algo de bueno tenemos, ¿eh?

—Ya lo creo que estoy contento; pero no por nada de lo que piensas—replicó Gayarre.

—¿Y se puede saber la causa?

—Te la diré: que está en el teatro la persona que más quiero en el mundo y....

—¡Ya lo decia yo! ¿Quién es ella?

—¡Ella!... Es más, mucho más para mí que todas las *ellas* juntas.

—Pues, chico, no entiendo palabra.

—¿Me prometes no decir nada á nadie?

—Prometido.

—Pues bien: está mi padre.

—¡Tu padre!

—El mismo. Ven á verlo.

Y Gayarre llevó á su amigo hácia el agujero del telon diciéndole:

—¿Ves en aquellas delanteras de palco dos vestidos de aldeanos?

—Sí.

—Pues aquel viejo es mi padre.

Gayarre se quedó allí contemplando y sonriendo al autor de sus días.

Entretanto, al amigo le faltó tiempo para ir á dar la noticia por el teatro, que cundió en seguida, como el viento, entre el público.

Todos los anteojos se dirigian á los palcos por asientos buscando al buen don Mariano, que conversaba tranquilamente, sin notar las miradas de que era objeto, con su sobrino.

Cuando empezó el acto cuarto, y Gayarre cantó de aquella inimitable manera la hermosa romanza

O paradiso!

mientras todos le aplaudian y aclamaban, nadie, sin embargo, miraba á la escena, sino que los ojos y las palmadas se dirigian hacia el buen anciano, que por contraste era quizá el único que tenia la vista fija en su hijo.

Se ha dicho y repetido, y hasta publicado, que cuando don Mariano oyó cantar á su hijo y supo lo que le pagaban, decia extrañándose:

—¿Y por eso te pagan tanto?

No es cierto. Lo que sí dijo aquella noche cuando, despues de la funcion le preguntó Gayarre mientras cenaban:

—¿Qué le ha gustado á usted más, padre, de la funcion?

Todos esperaban que contestase que su hijo; pero no fué así.

El buen tio Mariano, sin vacilar, contestó en seguida:

—Aquellas señoritas vestidas de corto que bailaban. ¡Caracoles, y qué buenas pantorrillas!...

No hay para qué decir lo que al oirle rieron todos, y especialmente Gainza, que le abrazaba diciendo:

—¡Bien, abuelo! ¡Es usted de mejor gusto que todos! Tiene usted razon....

Don Mariano llegó á ser popular en el teatro Real, á cuyas loca-

lidades de palco por asientos no faltaba nunca la noche que cantaba su hijo.

Todos los habituales concurrentes le saludaban y le daban conversacion, y no faltó tampoco alguna señora de buen humor que, riendo, le dijera en los momentos en que Gayarre, entre frenéticos aplausos, cantaba alguna romanza:

—¡Ay, don Mariano, si fuera usted capaz de hacer otro como ese!..

—¡Ay, señora!—le contestó el tío Mariano—esas cosas no se repiten.

En cierta ocasion que Gayarre tenia en su mesa varios amigos convidados, se discutia sobre el mérito y las cualidades de los más célebres tenores. Cada cual hacia su poco de historia y emitia su opinion. Don Mariano oía y callaba.

—Y á usted ¿qué le parece *abuelo*, de todo lo que se dice?—le preguntó Gainza en un momento de silencio.

Don Mariano, sin vacilaciones y con la mayor gravedad del mundo, exclamó:

—¿Yo?... Que como el de casa, ninguno.

Imposible describir lo celebrada que fué esta frase, que quedó de repertorio entre los amigos del malogrado artista.

Y á propósito. Entre las muchas coronas fúnebres colocadas sobre el ataúd de Gayarre, habia una, enviada por la distinguida señora doña Joaquina Barbieri, esposa del célebre compositor y predilecta y muy querida amiga de Julian, que en una de sus cintas decia con letras de oro:

¡Como el de casa, ninguno!

Esta corona se halla en el Roncal, y debia ponerse sobre la tumba del tío Mariano.

(De las *Memorias de Julian Gayarre*).



PELEGRINO BAT.

(ENE ADISKIDE ABAD JAUN, ON DAMASO BERNAOLAKOARI)

Gabon gabeen beti, apaltzen genduala,
Entzun neutsan amari, urtean urtean,
Kontucho bat polita, zein noian ipintera,
Entzuniko moduan, orain paperean.

.

Agertuten da baten Gabon gaba tristerik,
Izarrik bere бага guztizko itsua;
Aise eta bisutsaz bidean ibilteko,
Gichitan ezagutu oi dan legezkua.
Bere eche torrean su andiaz berotan,
Zaldun bat familiaz egoan apaltzen,
Baita pobre bat larri eche aren kanpotik,
Danba, danba, atea makilleaz joten.
Alako baten ghor da? itauntzen dau otzeiñak;
Kantokoak diñotsa «eskeko triste bat,
Bidea erratuta onaŕe oraiñ jo dot,
Nor bait eche onetan errukitzen bajat»
—Zoaz Jaungoikoagaz, beste leku batera,
Baserri bat or dago zuek lakoentzat,
Emongo deusuela badakit leorpea,
Guztiak ezbaditu loak artu beintzat»
—Alderdi onetako barririk nik ez dakit;
Jauna, jakin dagizun naz peleginua;
Jerusalendik nator, Santiagora noa,

Indazu biyar arte emen ostatua.
Sukaldetik zaldunak «diño: betor aurrera,
Ze gizon berori dan gura dot ikusi».
Pelegriñoak uste eban iya seguru
Gaberako lekua ebalu jadichi;
Ezkaratzera doa, pozturik esperantzaz,
Adierazotera echeke Jaunari,
Bere egoerea ze negargarria zan,
Asi jakon azaltzen zearo ta garbi:
«Jauna, ikusi naizu iya otzak illean,
Onetara luzaro ezin nendi bizi,
Goišetik ona ez dot agoan ezer sartu,
Otzaz ez eze nago goseagaz gaizki».
¿Nok ez dau sinistuko autormen au eginda
Echakola auzitu egingo biotza?
Sisillutik jagita errazoe charrakaz
Gisajoa echetik, baña eban bota,
Esanaz arrabioz: «alde nire echetik,
¿Zek zakaz zikin ori gureko chakurrak,
Iratzarri ta euren zaunkaz ume koitauak,
Negarrez ipinteko arturik bildurrak?»
Buruari eraiñaz jarri zan sisilluan;
Pobreak umill umill diño: «agur, Jauna,
Ni gora bera gozau begi familiagaz,
Atsegiñez beterik aurten Gabon gaba»;
Sueteko atetik urten zan, zizpuru bat,
Larri garratz ta miña egiten ebalu,
Zaldun ta familia alkarri begiraka,
Aren zotin tristeak ipiñirik dana.
Otzeiñak esaniko baserrira badoa,
Billatzera al beban iya aren bateñ,
Eta argitasuna dakus ez urriñean,
Leyo chiki baterik zelan dan urteten.
Abietan da puskat ibiltzen ariñago,
Baña kana betean beukan edurtzea,
Zelan bait egin eban nekezka bazan bere,
Bide laburra, baña arentzat luzea.
Elduten da argia egoan lekuraño,

Baña etzan echea, ta bai ermitea,
Lanparan aurkitzen zan orioa gastauta,
Agonian legeche bertako mechea.
Lanparearen gisan pelegriñoa bere,
Egoan ukatuta, adore bagarik,
Odolak otzituta, belaunak ikaraka,
Agiñak dardaraka iya amaiturik.
Begira jarriten da ermitacho barrura,
Leyoaren burdiña erreja artetik,
Eta dakus altaran Santo Kristo andi bat,
Kurutzean josita besoak zabalik.
Gomutetan da zelan beragaitik egoan,
Jaungoiko gizondua josia kurutzan,
Baita gomutetan da Belenen zelan jayo
Ein zan, gure amorez abereen kortan.
Gogarteok egiten asi zan, baña zelan,
Otzak eta goseak eukan aiñ galduta,
Jausiten da lurrera, eta emon bertanche
Azkenengo arnasa desanparaduta.
Baña mundutik euki ez arren laguntzarik,
Kurutzeko Jesusek eutsan bai, lagundu,
Zerura arimea eregi eutsan, eta
Anche beti betiko eban zoriondu.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1891-ko Abenduko illean.



BI LORE ALDI.



Lore samindu bakar jayozan
 Obi¹ otz baten belar gañean,
 Ta nekazari batek artuta
 Nastutu zuben šorta² batean;
 Ta guztiz apaindu zubenian
 Lokarri ederrian bildurik
 Zion biotzez gizonak fedez
 Lore ayeri begiraturik:
 —¡A, zeñek somatu, nork pentsatu
 Lore guztien aben erdian
 Dagola bat jayotakoa
 Obi otz arren bakardadian!

.
 !

FRANZISKO LOPEZ ALEN.



(1) Tumba ó sepulcro.
 (2) Ramillete.

JUEGOS FLORALES EUSKAROS.

1891

Interesado directamente en ello, parco he de ser al dar cuenta de la última fiesta anual que, organizada por el Consistorio euskaro, ha tenido lugar, con la solemnidad acostumbrada, en nuestro Teatro Principal.

El programa, dado á conocer oportunamente por la prensa, fué muy del agrado del público, sobresaliendo en la parte literaria la correcta lectura del R. P. Mortara de una bella composicion suya, y en la musical la fantasía premiada del jóven compositor D. Eduardo Morcoroa, un hermosísimo zortziko del inspirado maestro Gorriti, y las piezas que ejecutó, como él sabe hacerlo, el inimitable pianista *Leo de Silka*, primer adorno de Donostiya artística.

Merece tambien especial mencion el graciosísimo Pepe Artola que, muy sano y serio, hizo enfermar de risa á más de cuatro, en los distintos papeles que desempeñó.

El orfeon, dirigido por el Sr. Oñate, cantó admirablemente dos preciosos aires bascongados, compuestos por el Sr. Sarriegui.

El concurso de tamborileros fué notable, obteniendo el premio el de Marquina, D. Simon Iriarte.

De los demás concursos se da cuenta detallada, tanto en la Memoria literaria como en la EUSKAL-ERRIA.

El Consistorio envía por mi humilde conducto expresivas gracias á cuantos, en mayor ó menor escala, han contribuido al mejor éxito de la función.

¡Aurrerá, elkar ondo arturik!

ANTONIO ARZÁC.



ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS.



Alegoría. —Antigüedades. — Arquitectura.

Páginas.

El Escorial de la Rioja. 86-97

Apuntes biográfico-necrológicos.

D. Daniel Ramon de Arrese. Recuerdos de su vida 257

D. Fermin Barech.—D. Vicente Manterola. 378-379

Artículos descriptivos y de costumbres.—Vistas del país.

Pelotâris célebres. 28, 49, 76 y 251

*Por Guipúzcoa.—Impresiones y recuerdos. 169, 289, 321,
353 y* 481

La noche de Consuegra 234

El caserío y la Iglesia. 344

En Polloe. 400

Descripciones de Alaba. De Miránda á Ayala y Llodio . . . 449

Un cuadro realista. Pasajes. 533

Buena tarde y mejor día. Pequeñeces... del periodo electoral. 558

Curiosidades históricas.—Noticias bibliográficas y literarias.

Anales del Reino de Navarra 93

Euskal-izkindea ó Gramática Euskara, por D. Resurreccion

María de Azcue 288

Páginas.

<i>Discurso sobre la guerra entre romanos y cántabros, por</i> <i>D. Asuncion Gurruchaga. 513 y</i>	545
--	-----

El país basco juzgado por los extraños!

<i>El pueblo bascongado</i>	16
---------------------------------------	----

Euskaros ilustres.

<i>Un bascongado ilustre y filólogo eminente.—Breve noticia</i> <i>biográfica del P. Larramendi. 105, 129 y</i>	161
<i>Un nuevo Prelado alabés. Ilmo. Sr. D. Francisco Saenz de</i> <i>Urturi, Obispo de Badajoz</i>	225

Fábulas.

<i>Arbola ta arrosa (bascuence guipuzcoano)</i>	19
<i>Bi katu eta mika.—Erbi, ama-umeak (id. id.)</i>	82-83
<i>Zakurra (id. id.)</i>	143
<i>Zakurra ta katua (id. id.)</i>	172
<i>Ollua ta zerriya (id. id.)</i>	184
<i>Azeriya (id. id.)</i>	210
<i>Kurriilloak eta olloa.—Bi nekazariyak eta aitzurrak.—Chi-</i> <i>muba eta farola</i>	435-7-9

Historia.

<i>Historia de la Ciudad de San Sebastian. 5, 55, 152, 174 y . .</i>	201
<i>Datos históricos referentes al Reino de Navarra. 303, 380 y .</i>	469

Juegos florales Euskaros.

<i>Euskal-féstak Donostian.—Juegos florales Euskaros en San</i> <i>Sebastian. 1891. Azaldea.—Programa.</i>	274-275
<i>Bilguma bereziaren egintza.</i>	522
<i>Juegos florales euskaros</i>	576

Leyendas y tradiciones.

	Páginas.
<i>Ochoko</i> (tradicion nabarra)	219
<i>Okendo</i> (bascuence guipuzcoano)	529
<i>Kontu zarrak</i>	553

Lingüística.

<i>Un trabajo inédito de Moguel. Apología de la lengua Bascuence.</i> 38, 69, 116, 137, 212, 244, 270, 297, 336, 369, 390, 442, 474 y	524
<i>Observaciones sobre la ley de afinidad de las vocales en los sub-dialectos Septentrional y Meridional de Guip.^a</i>	486

Literatura.

<i>Euskal-Erria, imitacion de una fantasía de Henri Conscience, en bascuence guipuzcoano.</i> 1, 33 y	65
<i>El bascuence en el extranjero, carta del R. P. Mortara</i>	113
<i>Los dos nius, version catalana de una poesía bascongada.</i>	115
<i>El Arbol de Guernica, (poesía)</i>	121
<i>A la sociedad «Laurak-bat» de Buenos Aires-(id.)</i>	127
<i>Las Hermanas de la Caridad (episodio conmovedor)</i>	145
<i>La Sierva de Jesús, (poesía).</i>	190
<i>De nuestra tierra. En Cruceta—Aramayona, (recuerdo)</i>	193
<i>¡Ez gerrarik...! (episodio en bascuence guipuzcoano)</i>	198
<i>El fraile y el soldado</i>	241-346
<i>Tristeza! version de una poesía bascongada.</i>	242
<i>La catástrofe de Burgos</i>	266
<i>Lorenzo Leal-i oroitz bat</i>	269
<i>Eskutitz bat</i>	301
<i>Los hombres del día. El jefe.</i>	312
<i>Una carta dirigida á D. Antonio Arzac</i>	317
<i>Concursò Euskaro en Yurreta.</i>	329
<i>Estibariz</i>	341
<i>Euskaricemos.</i>	350
<i>Navarro Villoslada, como novelista histórico.</i>	362
<i>A Paz Ortiz de la Riva y Arana, (poesía)</i>	389
<i>La fuente del olvido.—Solo en mi cuarto</i>	398
<i>Memorias de Julian Gayarre.</i> 407, 465, 505 y	

	Páginas.
<i>A la Virgen de Begoña, (poesía)</i>	457
<i>El P. Coloma</i>	491

Música.

<i>El Concurso de San Juan de Luz</i>	125
---	-----

Poesía bascongada.

<i>Gaŕuak, (bascuence guipuzcoano)</i>	14
<i>Neŕka bat.—Zeruko deia.—Ill zan? (id. id.)</i>	64
<i>Eiffel-ko torretik (id. id.)</i>	74
<i>Bai!—Amaren musuak.—Nere biotzari (id. id.)</i>	96
<i>Amoripuarren indarra (id. id.)</i>	104
<i>Garro tartean (id. id.)</i>	111
<i>Moro kontuba (id. id.)</i>	134
<i>Oroimencho bat (id. id.)</i>	147
<i>Izarraizpean (id. id.)</i>	150
<i>Egiaz! (id. id.)</i>	160
<i>Egiya (id. id.)</i>	168
<i>Zoriona (id. id.)</i>	192
<i>Konsuegrako negarra (id. id.)</i>	232
<i>Konsuegra-tarrai (id. id.)</i>	240
<i>Tristurá (id. id.)</i>	242
<i>Goiseko izarrari (id. bizcaino)</i>	250
<i>Udako gau osgarbi bat (id. id.)</i>	298
<i>Ama-Birjiña Begoña-koari (id. guipuzcoano)</i>	327
<i>Duvcisin Jaunaren oroimengarriari.—Maitechoren eriotza eta aita baten negarra (id. id.)</i>	332-334
<i>Miñdun...! (id. id.)</i>	343
<i>Segaria (id. id.)</i>	349
<i>Biargiñ alegere bat (id. bizcaino)</i>	366
<i>Abe zarrari malko ale bi (id. guipuzcoano)</i>	375
<i>Kantariak (id. id.)</i>	388
<i>Kanpò Santuan (id. id.)</i>	402
<i>Eizari bertsolari bat (id. bizcaino)</i>	405
<i>Bersoak eta pintura (id. guipuzcoano)</i>	411
<i>Autsa (id. id.)</i>	412
<i>Ail... (id. id.)</i>	414

	<u>Páginas</u>
<i>Garro-epaiterako kanta</i> (id. id.)	415
<i>Donostiarra</i> (id. id.)	416
<i>Neskatilla baten eriotzako agurrak</i> (id. bizcaino)	431
<i>Pedro Mari biursari gozotsuarentzat</i> (id. guipuzcoano)	433
<i>¡O aritz-gurea!</i> (id. id.)	441
<i>Animatik</i> (id. id.)	448
<i>Pazientziya</i> (id. id.)	455
<i>Neška ta ni</i> (id. id.)	480
<i>Euskaldunen loriak</i> (id. labortano)	489
<i>Mariaren sorrera garbia</i> (id. bizcaino)	496
<i>Onenzaro gaba</i> (id. guipuzcoano)	501
<i>Kabiz-kabi</i> (id. id.)	512
<i>Arrantza</i> (id. id.)	535
<i>Nere mendiyak</i> (id. id.)	541
<i>Ama Birjiñaren Sorrera garbiari</i> (id. id.)	543
<i>Bi gizon</i>	544
<i>Ichas-ertzian</i>	562
<i>Pelegriño bat</i>	572
<i>Bi lore aldi</i>	575

Sección amena.

<i>Bi ollarren borroka</i>	222
<i>Jostaketak</i>	223

Variedades Euskaras.

<i>La botadura del «Vizcaya»</i>	14
<i>Biblioteca pública municipal de San Sebastian. Movimiento habido durante el 2.º trimestre de 1891 y aumento que ha tenido en el primer semestre del mismo año.</i>	26-27
<i>Aita San Ignazio-ri bere jaiotzako laugarren eunkidan.</i>	43
<i>The game of. Pelota</i>	54
<i>Concurso literario Euskaro en Yurreta. 92 y</i>	189
<i>Los marinos españoles en Tierra Santa</i>	94
<i>La Exposición provincial.</i>	128
<i>La Sociedad «Laurak-bat» de la Habana. Memoria de la Aso- ciación, correspondiente al año 1890-91.</i>	148
<i>Sociedad humanitaria de salvamentos marítimos de Guipúz-</i>	

	<u>Páginas.</u>
<i>coa. Movimiento de fondos y servicios prestados hasta 1.º de Julio de 1891</i>	217
<i>Biblioteca pública municipal de San Sebastian. Movimiento habido durante el tercer trimestre de 1891</i>	315
<i>Diputacion provincial de Guipúzcoa. Discursos.</i>	385-387
<i>Deuda sagrada.</i>	403
<i>Memoria presentada á la Excm. Diputacion provincial de Guipúzcoa sobre organizacion de archivos</i>	417
<i>El viñedo en la region cantábrica</i>	539

FE DE ERRATAS.



<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
37	6	eman	eraman
343	10	¿nola ura	¿nola ez ura
358	11	1468	1448
422	18	algunas	lagunas

